

QUEMADURAS

Colección Micra

Dolores Prato

Quemaduras

Traducción de César Palma

Posfacio de Elena Frontaloni

Título original: *Scottature*

© 2013 Quodlibet Srl

© del posfacio: 2017 Elena Frontaloni

© de la traducción: 2017 César Palma Hunt

Revisión: Marta Hernández

© 2017 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Av. República Argentina, 163

08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: mayo de 2017

Diseño gráfico: Pepe Far

Imagen de la cubierta: © Pepe Far, a partir de una ilustración de Freepik.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-945348-8-1

Depósito legal: B-11.832-2017

Printed in Spain

Dirigía el convento en el que estaba interna una trinidad de monjas que gozaban del mismo poder, compartían criterios y procedían de la misma forma: la superiora, la maestra y la viejísima religiosa.

En aquel convento se hablaba mucho de misterios: si los misterios eran celestiales, se hablaba de ellos con serenidad, amplitud y detalle; si los misterios eran terrenales, se hablaba de ellos con nerviosismo y rapidez, más con sobrentendidos que con explicaciones: eran tonos tan huidizos que recordaban el gesto del que toca algo que quema.

Y, en efecto, con frecuencia se mencionaban ciertas «quemaduras», no me-

jor identificadas, que «el mundo» solía causar a quien intimaba más de la cuenta con él.

«El mundo», para quien no lo supiese, era cuanto había en la tierra fuera de los conventos, que ya pertenecían al reino celestial.

No sé por qué, pero cuando se hablaba de las quemaduras, las miradas y las voces solían dirigirse más a mí, como si una inteligente e iluminada previsión avisara que yo estaba más expuesta que las otras a esos percances.

Ahora bien, debo añadir que la viejísima religiosa se diferenciaba, en lo relacionado conmigo, de las otras dos personas de la trinidad: así, no me profetizaba quemaduras y, mientras que las otras tendían a incluirme entre los bienes rentables del convento, ella no ocultaba el deseo de desembarazarse pronto de mí.

Yo, que no tenía una familia en «el mundo», era una especie de tierra de nadie: a un lado de la frontera había un viejo tío cura que vivía en América del Sur, al otro, las monjas. Aquel, lejanísimo, perdía cada vez más el escaso derecho adquirido por haber pensado en mí cuando se había acordado; estas, cercanísimas, afirmaban una especie de derecho adquirido por el uso, no discutido por nadie, que habían hecho de mí.

De mi tío no guardaba sino un recuerdo, un anillo y una promesa. El recuerdo era el de los regresos de sus cacerías, cuando daba de comer a la lechuza, atada a la alcándara con una cadenita. Con cada pedacito de pulmón que le tendía en la punta de las tijeras, la lechuela hacía una reverencia y él me decía: «Aprende la educación.» El anillo me lo dio justo cuando se marchaba a América

y con tanta ceremonia que me dejó la impresión de que poseía un anillo repleto de valores intrínsecos e históricos. Y en ese instante, como en un sueño, nació la promesa. Me preguntó qué quería de allá y yo le respondí: «Mariposas, de todos los colores, así de grandes.» Y junté ambas manos. Mi tío me las prometió solemnemente, pero nunca llegaron; y yo, que en el internado las había anunciado largo tiempo, me quedé mortificada por aquella espera inútil; pero en mi fuero interno las esperaba siempre.

La vida del convento no consentía que nacieran sueños nuevos, salvo el de una sublime renuncia: lo único que precisa la existencia.

Había terminado los estudios que podían hacerse en el internado y deseaba ir a la universidad, pero no sabía

cómo salir de allí dentro, donde necesitaban mi ayuda, donde no hacían sino prevenirme contra los peligros mortales a los que me enfrentaría; y, entretanto, nadie venía de fuera a sacarme, como les ocurría a las otras chicas.

Pero un buen día llegó una carta de mi tío.

Sus cartas se habían vuelto muy infrecuentes y daban muestras de una vejez largamente postergada, que ahora surgía rompiendo y borrando lo que había sido.

Pero se había recuperado para decirme lo que tenía que hacer en la vida. En esa carta me lo dijo todo: debía vender el antiguo anillo y con lo que obtuviera comprar un pasaje de segunda clase en un buen barco e ir adonde estaba él. Me casaría en América; ya había un joven bueno y rico dispuesto a hacerlo; al casarme tendría una vida tranquila y

mucho dinero; pero, si ese joven no me gustaba, yo misma podría elegir a otro. Decía que no tendría suerte como no fuera cruzando el mar: nada a este lado del océano, todo al otro. Decía que las estrellas del hemisferio austral me eran excepcionalmente propicias, mientras que las de este hemisferio me eran terriblemente maléficas. Me explicaba que tenía un temperamento hecho para la vida y para la alegría, contrario al aislamiento y a la renuncia.

Las reverendas madres me entregaron la carta ya abierta, con un rostro en el que estaba escrita tan claramente su desaprobación, que cualquier palabra resultaba inútil. La superiora y la maestra me detuvieron bajo «los arcos».

«Los arcos» eran un pórtico estrecho y bajo, que daba al huerto, sobre el que descansaba un ala del convento. Las vigas del techo estaban llenas de ni-

dos; como eran tantos, siempre había un gran griterío de pájaros y un alboroto de vuelos, como si debajo de aquellas vigas bajas se hubiese concentrado un pedazo de cielo; al fondo, encima de una escalinata corta, se elevaba un templete dedicado a la Virgen; por los escalones había repartidas macetas de geranios, cual centinelas.

Yo leía despacio la carta y las dos reverendas madres esperaban, no sé si mi decisión o mi impresión.

Reprimida por la doble clausura de mi vida allí dentro y de mi temperamento forzosamente cerrado en mi interior, aquella carta me abría un espacio tan ancho como el océano y me empujaba hacia fuera. Todo en mí dijo «Sí», pues aquel todo encerrado dentro tenía la capacidad de llenar el espacio libre donde estaba llamada a correr y a reír.